

# Los tiempos de la historia en *Los piratas del Golfo* de Vicente Riva Palacio

Por Verónica HERNÁNDEZ LANDA VALENCIA\*

## Consideraciones iniciales

SIN LUGAR A DUDAS, Vicente Riva Palacio (1832-1896)—político, jurista, militar y escritor— es uno de los mayores representantes de la novela histórica mexicana del siglo XIX. Por ello resulta inquietante que en su libro *Letras mexicanas del siglo XIX* (1944)<sup>1</sup> Julio Jiménez Rueda sólo le dedique medio párrafo y que un investigador como John S. Brushwood no enumere en *México en su novela* (1966) los textos que constituyen la producción novelística del general.<sup>2</sup>

Como escritor de folletines románticos con un importante contenido ideológico, este autor tuvo muy poco reconocimiento a mediados del siglo XX. Sin embargo, a partir de la década de los noventa, con estudios como *Historia y ficción: los dramas y novelas de Vicente Riva Palacio* del historiador José Ortiz Monasterio,<sup>3</sup> sus novelas comenzaron a desempolvarse en la academia y a ser entendidas como un esfuerzo para ofrecer un significado global de la historia de México. Entre 1990 y 1993 fueron sustentadas cuatro tesis en el ámbito de la investigación literaria dedicadas al análisis de su obra; entre ellas destaca el estudio de María Teresa Solórzano Ponce quien analiza la difusión de valores liberales, como la separación Iglesia-Estado en *Monja y casada, virgen y mártir* (1868).<sup>4</sup>

---

\* Profesora en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México; e-mail: <verohernandez12@gmail.com>.

<sup>1</sup> Cf. Julio Jiménez Rueda, *Letras mexicanas en el siglo XIX*, México, FCE, 1989, *passim*.

<sup>2</sup> Cf. John S. Brushwood, *México en su novela*, Francisco González Aramburo, trad., México, FCE, 1973 (*Breviarios*, 230), *passim*.

<sup>3</sup> México, Instituto Mora, 1993; además de esta obra, centrada en la producción literaria de Riva Palacio, véanse del mismo José Ortiz Monasterio el estudio biográfico “*Patria*”, *tu ronca voz me repetía... Vicente Riva Palacio y Guerrero*, México, Instituto Mora, 1999; así como una amplia reflexión en torno de la labor historiográfica del general que dio como resultado la publicación del libro *México eternamente: Vicente Riva Palacio ante la escritura de la historia*, México, FCE/Instituto Mora, 2004.

<sup>4</sup> Tres de las tesis son de licenciatura: Martha Silvia Hernández Martínez, *La postura histórica de Vicente Riva Palacio en Monja y casada, virgen y mártir y Martín Garatuza*, México, UNAM, 1990; Juana Araceli Sandoval Gutiérrez, *Aspectos históricos y*

La producción de tesis continuó en 1997 cuando Leticia Algaba para acreditar la maestría presenta un estudio sobre las estrategias discursivas y la función ideológica en la polémica que tuvo lugar a finales de 1868 y principios de 1869, entre el conservador Mariano Dávila y el liberal Vicente Riva Palacio a raíz de la publicación de *Monja y casada, virgen y mártir* —asunto que desde la perspectiva historiográfica retoma Alejandro Araujo en 2002.<sup>5</sup> Años después, en su tesis doctoral, Algaba analiza *Los mártires del Anáhuac* (1870) y *Memoorias de un impostor: Guillén de Lampart, rey de México* (1872), ambas de Riva Palacio, y las compara con dos novelas de Eligio Ancona destacando especialmente la oposición entre heroísmo nacional y opresión colonial. Por su parte, en la tesis de maestría presentada en 2006, Marco Antonio Chavarín coincide con Algaba en lo tocante a que las novelas se estructuran a partir de representaciones dicotómicas donde el rechazo al pasado colonial está al servicio de la ideología liberal.<sup>6</sup>

Todos los autores antes citados coinciden al afirmar, palabras más palabras menos, que las novelas de Riva Palacio interpretan el pasado colonial como el origen del presente independiente y de las instituciones republicanas;<sup>7</sup> es decir que la recreación del pasado como una época oscura en la que sólo son rescatables los momentos de rebeldía

---

la teoría de Georg Lukács en Martín Garatuza, México, UNAM, 1990; María Juana Palomares Velázquez, *Vicente Riva Palacio: historia y ficción*, México, UNAM, 1992; y la ya mencionada tesis de maestría de María Teresa Solórzano Ponce, *La propuesta ideológica de la novela mexicana de folletín en el siglo XIX: la novela de Vicente Riva Palacio*, México, UNAM, 1991. En las tres primeras subyace la convicción de que *Monja y casada, virgen y mártir* y *Martín Garatuza* se constituyen en una defensa de la independencia, la nación, la libertad y la secularización, en contraste con la opresión y el fanatismo colonial.

<sup>5</sup> A lo largo de su estudio, Algaba emplea los términos *conservador* y *liberal* en el sentido más tradicional, es decir, conservadores que se resisten al cambio y defienden la función de la Iglesia en la sociedad *versus* liberales que quieren cambios fundamentales como la secularización y la separación Iglesia-Estado; cf. Leticia Algaba, *Las licencias del novelista y las máscaras del crítico*, 2ª ed., México, UAM-Azcapotzalco, 2008. Véase también Alejandro Araujo Pardo, *Entre la novela histórica y la historia: Riva Palacio y Mariano Dávila, un debate que ilumina la práctica del historiador en el siglo XIX mexicano*, México, ENAH, 2002.

<sup>6</sup> Leticia Algaba, *Cuatro novelas históricas mexicanas del siglo XIX: estudio de historia literaria comparada*, tesis de doctorado, México, UNAM, 2007; Marco Antonio Chavarín González, *Monja y casada, virgen y mártir y Martín Garatuza: una subordinación didáctica a las estructuras narrativas*, tesis de maestría, México, UNAM, 2006.

<sup>7</sup> Cf. José Ortiz Monasterio, *Historia y ficción: los dramas y novelas de Vicente Riva Palacio*, México, Instituto Mora/Universidad Iberoamericana, 1993, p. 299; y *México eternamente* [n. 3], p. 93; Algaba, *Cuatro novelas históricas mexicanas del siglo XIX* [n. 6] pp. 234-235; Chavarín González, *Monja y casada, virgen y mártir y Martín Garatuza, una subordinación didáctica a las estructuras narrativas* [n. 6], p. 103; Alejandro Araujo Pardo, *Novela, historia y lecturas. Usos de la novela histórica del siglo XIX mexicano: una lectura historiográfica*, México, Universidad del Claustro de Sor Juana/UAM, 2009, p. 274.

en contra del poder colonial, revela la necesidad de que México se separe de España, de que prevalezca la República y —de acuerdo con Solórzano, Algaba y Chavarín— triunfe el liberalismo.<sup>8</sup>

Por lo anterior, podemos observar que detrás de estos estudios subyace la convicción de que las novelas fueron configuradas a partir de un concepto moderno de la historia, en tanto que ésta se erige en juez de los acontecimientos pasados y nos muestra la necesidad de que ocurrieran así y no de otra manera, porque la historia sigue una línea recta, se encamina al progreso y nos enseña a actuar en el presente conforme a sus designios.

En la actualidad el discurso liberal decimonónico —y posiblemente también el republicano triunfalista— ha perdido vigencia a favor del discurso revolucionario que se gestó a principios del siglo xx,<sup>9</sup> por lo que estas interpretaciones quizá no son una buena carta de presentación para un lector moderno que se acerca por primera vez a los textos. En la época actual esperamos, además, que la literatura ofrezca múltiples posibilidades de lectura y no nos obligue a comprenderla de una sola forma. No quiero decir con ello que estas interpretaciones sean erróneas; el objetivo de la presente disertación es, más bien, complementarlas, proponer un acercamiento —quizás un poco más complejo— que cuestione el discurso subyacente y que revele y explique las contradicciones que dichas novelas entrañan para relacionarnos con ellas de otra manera.

---

<sup>8</sup> Ninguno de estos autores hace distinciones entre liberalismo económico y liberalismo político ni entre las características de cada uno en función del momento histórico en que fueron publicadas las novelas; ellos adoptan la visión canónica del liberalismo triunfante —caracterizado sobre todo por la secularización y la separación Iglesia-Estado— y de la oposición entre conservadores y liberales para interpretar los textos. Sin embargo, cabe señalar que estos temas han sido objeto de amplios cuestionamientos en los últimos años y, por tanto, introducen matices conceptuales que habría que incorporar a nuestros análisis literarios. Pero como ése no es el tema de la presente disertación, para ahondar en él remito a las obras de Charles A. Hale, *La transformación del liberalismo en México a fines del siglo XIX*, Purificación Jiménez, trad., México, Vuelta, 1991; Edmundo O'Gorman, *México: el trauma de su historia. Ducit amor patriae*, México, Conaculta, 1999; Elías José Palti, *La invención de una legitimidad: razón y retórica en el pensamiento mexicano del siglo XIX (un estudio sobre las formas del discurso político)*, México, FCE, 2005 (*Obras de Historia*); y Erika Pani, coord., *Conservadurismo y derechas en la historia de México*, México, FCE/Conaculta, 2009 (Serie *Historia y Antropología*).

<sup>9</sup> Para muestra basta un botón: actualmente dos de los partidos políticos más importantes de México llevan en su nombre la palabra *revolución*; por su parte, la palabra *liberalismo* ha sido desplazada por *neoliberalismo*, empleada con mucha frecuencia en pancartas y en los discursos que se pronuncian en los mítines contra el gobierno y contra los empresarios que han amasado fortunas considerables.

En las últimas décadas, en buena medida por influencia del estructuralismo y las vanguardias así como por la transformación de las circunstancias históricas, gran parte de la literatura ha sido concebida como un ejercicio estético ajeno a la política y a las circunstancias sociales; se le pide universalidad, una estética y una configuración impecable. Estas condiciones no pueden cumplirlas novelas históricas como las que aquí nos competen: en primera instancia hay que señalar que en México en la época en que escribe Riva Palacio —la República Restaurada—, la novela se había desarrollado muy poco. Además —y en parte como consecuencia de lo anterior—, la literatura mexicana aún estaba muy influida por la preceptiva neoclásica y su función era claramente didáctica: debía moralizar, instruir, además de deleitar; la literatura permitía expresar preocupaciones de carácter político y social y derivar de esta expresión una serie de enseñanzas. En este sentido hay que considerar que los escritores también eran políticos o funcionarios públicos, e incluso —como en el caso de Riva Palacio— militares, y que todas sus actividades estaban íntimamente relacionadas. En aquel entonces no existía la profesión de escritor tal como hoy la conocemos; ningún hombre de letras vivía de sus publicaciones y, por tanto, no era posible la profesionalización que a finales del siglo XIX alcanzaron autores como Manuel Gutiérrez Nájera o Amado Nervo.

Por lo anterior se entiende que las novelas decimonónicas no puedan ofrecer una lectura de acuerdo con los cánones de los siglos XX y XXI, sin embargo, si las abordamos desde la perspectiva histórica e ideológica considerando el contexto en que fueron escritas, tal como ellas lo demandan, podremos mostrar que estas novelas también ofrecen significaciones diversas que escapan a la lectura convencional: nos dirán algo más de nosotros mismos, de nuestro ser histórico y de la forma en que asumimos nuestro pasado.

Así, las condiciones específicas de la República Restaurada nos abren la puerta para preguntarnos si realmente era posible sostener una convicción triunfalista como la que, a toro pasado, interpretamos los lectores de los siglos XX y XXI. Sabemos que a partir de 1867 prevaleció la República, de ahí el sonoro nombre que el discurso historiográfico asignó al periodo posterior a la Intervención Francesa y anterior al Porfiriato, pero al leer los periódicos de la época podemos darnos cuenta de que el sistema político no las tenía todas consigo.

Durante el gobierno de Benito Juárez —que es el que nos atañe dado que las novelas de Riva Palacio se publicaron entre 1867 y 1872— los levantamientos fueron numerosos: tan sólo el general Miguel Negrete se pronunció en contra del gobierno en 1867, 1869 y 1871; la inseguri-

ridad de los caminos, los asaltos y secuestros, así como la parálisis del comercio eran nota de todos los días; la política de conciliación de Benito Juárez con aquellos que lucharon del lado de Maximiliano de Habsburgo provocó el descontento de los antiguos aliados del presidente, pues a los primeros se les otorgaron puestos públicos que los segundos creían merecer;<sup>10</sup> también hubo gran descontento por el desempeño de Sebastián Lerdo de Tejada, presidente de la Suprema Corte de Justicia, y por el apoyo incondicional que aparentemente le brindaba el presidente Juárez —descontento del que Riva Palacio se hizo partícipe.<sup>11</sup>

Tomando en cuenta este contexto, es difícil pensar que hubiera una completa tranquilidad en relación con el presente y el futuro que derivara en triunfalismo. Sin embargo, ello no implica que los discursos no trataran de transmitir confianza y seguridad entre los lectores mexicanos, e incluso entre los extranjeros, porque a la sociedad no se le persuade para participar en un sistema político diciéndole que todo está mal; al contrario, se propicia su integración al transmitirle esperanza, al mostrarle pruebas de que el sistema político sigue el camino correcto y que sobre él debe seguirse avanzando. De manera que en novelas con marcada función didáctica como las del siglo XIX mexicano es posible percibir cierto triunfalismo, pero también una crisis oculta.

Noé Jitrik señala que la novela histórica “intenta, mediante respuestas que busca en el pasado, esclarecer el enigma del presente”,<sup>12</sup> es decir que hay preguntas en el presente, problemas, que vuelven difuso el pasado. Si se le observa desde la perspectiva del concepto moderno de *historia*, el pasado permite reconstruir el camino del progreso hacia el presente para que el individuo pueda ubicarse históricamente, reconocer sus orígenes (su pasado, que es diferente al hoy) y hacia dónde va (el futuro que será distinto del presente). La historia

---

<sup>10</sup> La discusión —encabezada por Francisco Zarco y el ala radical de los liberales— en torno del derecho de los llamados conservadores a formar parte del nuevo gobierno se convierte en tema de debate en la Cámara de Diputados en febrero de 1868, de ello da cuenta con gran detalle *La Revista Universal*.

<sup>11</sup> La molestia en relación con la función política de Lerdo de Tejada puede constatarse sobre todo a finales de 1868 y en el primer trimestre de 1869 en periódicos como *La Orquesta*, *La Tarántula*, *Fra Diavolo*, los tres de la Ciudad de México. Una carta de Riva Palacio dirigida a Benito Juárez en la que le advierte de la debilidad del ministerio y la necesidad de un cambio en ese “círculo impenetrable que rodea al gobierno”, se cita en *La Linterna Mágica* (Zacatecas), 6-III-1869, p. 2.

<sup>12</sup> Noé Jitrik, *Historia e imaginación literaria: las posibilidades de un género*, Buenos Aires, Biblos, 1995, p. 19.

moderna enseña en términos de diferencias en la temporalidad y ése es el concepto que rige los análisis en el caso que nos atañe.

Sin embargo, Alejandro Araujo Pardo analiza *La hija del judío* (1848-1849) de Justo Sierra O'Reilly como la más representativa de las novelas históricas mexicanas de mediados del siglo XIX, y observa que no obstante la clara conciencia moderna de la temporalidad que subyace en las novelas de dicho periodo, hay momentos en que parece pervivir la vieja noción ciceroniana de la historia como maestra de la vida. Es decir que, aunque el narrador se muestra consciente de las diferencias que existen, o deberían existir, entre pasado y presente, por momentos los tiempos se superponen y el presente se asemeja mucho al pasado:

Podríamos pensar que las tensiones del XVII serán comprendidas a partir de las tensiones del XIX. Lo que no queda claro es si esta comparación es posible porque el siglo no ha logrado “superar” ese pasado o porque existen formas atemporales de actuar que se repiten en el tiempo, permitiendo con ello contar una historia para obtener una lección.<sup>13</sup>

La historia, desde el concepto tradicional ciceroniano, enseña por qué las diferencias entre pasado y presente son sólo superficiales: existen verdades atemporales, por eso el rey feudal podía aprender de los ejemplos del emperador romano. Esta historia enseña en términos de semejanzas. Y, efectivamente, tal como lo señala Araujo Pardo y como he observado en mis estudios previos, la preocupación en torno de un pasado que no ha sido superado es constante en las novelas, pero no sólo eso, el pasado recreado también ofrece ejemplos de conducta, enseña al lector mostrándole vicios y virtudes que son atemporales.<sup>14</sup>

De manera que un enfoque muy interesante para analizar las novelas consiste justamente en observar la forma en que se superponen los conceptos de *historia*, cómo ambos se vinculan con la búsqueda de respuestas en el presente de la escritura y ello deriva en aparentes contradicciones al interior del texto. Al observar estas contradicciones,

---

<sup>13</sup> Araujo Pardo, *Novela, historia y lecturas* [n. 7], p. 279.

<sup>14</sup> En mi trabajo de tesis estudio *La hija del judío* de Justo Sierra O'Reilly, *El pecado del siglo* de José Tomás de Cuéllar y *Un hereje y un musulmán* de Pascual Almazán, véase Verónica Hernández Landa Valencia, *La representación de la Colonia en tres novelas históricas del siglo XIX mexicano*, tesis de maestría, México, UNAM, 2009; pero sobre todo, véase mi texto “Novelas históricas del siglo XIX mexicano: problemas y posibilidades de lectura”, *Memorias del III Coloquio Internacional de Historia y Literatura*, México, Universidad de Guanajuato, 2010, CD-Rom; en las reflexiones que aquí hago considero el caso de las novelas de Riva Palacio.

al comprender la obra como respuesta a un momento de crisis, podemos entender también lo que está debajo del discurso triunfalista en función de su momento histórico.<sup>15</sup> Los mensajes imbricados, la intersección de dos conceptos de historia y de dos épocas distintas, le dan a los textos algo de esa complejidad muy del gusto del siglo XXI que, quizás, no hemos sabido transmitir.

La lectura que aquí se propone sólo es posible si consideramos a la novela histórica como un género discursivo que, como lo señala Mijaíl Bajtín, surge del diálogo entre tradición e innovación, en el que intervienen otros géneros discursivos, así como condiciones de comunicación cultural sumamente complejas.<sup>16</sup> Desde esta perspectiva, no existen géneros puros: la novela histórica se nutre del acervo literario y las posibilidades discursivas de una cultura determinada, la cual actualiza aquellos géneros tradicionales y contemporáneos que permiten satisfacer sus necesidades expresivas.

Para ejemplificar mi propuesta de lectura a continuación analizaré *Los piratas del Golfo* (1869), la novela más olvidada de Vicente Riva Palacio, de manera que el objetivo es doble: ofrecer una interpretación

---

<sup>15</sup> Tema sugerido por María Bertha Vázquez Guillén, quien estudia la figura de Guillén de Lampart y la recreación que de él hace Riva Palacio. La autora concluye que las recillas existentes entre Riva Palacio y Juárez determinaron la forma en que el primero recrea a Guillén de Lampart y, por otro lado, sugiere que hay algo detrás de las novelas de Riva Palacio que va más allá de la oposición entre Iglesia y Estado pues “también presentan personajes religiosos como parte de la ambientación, y no sólo para denostarlos, e incluso algunos de ellos participan activamente en conspiraciones a favor del cambio político-social y apoyan a los rebeldes protagonistas”, de manera que, más que una defensa del discurso liberal, se trataría de un esfuerzo por “descolonizar” a México e integrarlo a la vez, María Bertha Vázquez Guillén, *Tras las huellas del “Zorro de Wexford”*, tesis de maestría, México, UNAM, 2010, pp. 151-152. La idea de integración también la comparte Ortiz Monasterio y me parece que, en efecto, es una de las preocupaciones que subyacen en las novelas, como respuesta a un presente donde, como ya se ha visto, prevalece la desintegración, cf. Ortiz Monasterio, *México eternamente* [n. 3], p. 93. Pero sobre todo quiero llamar aquí la atención en la paradoja que muestra Vázquez Guillén: ¿cómo puede ser que las novelas que defienden la separación Iglesia-Estado y critican el oscurantismo religioso muestren al mismo tiempo personajes religiosos con características positivas y algunos que incluso contribuyen a la revolución? No se trata simplemente de un artificio literario y la explicación, desde mi punto de vista, debe ser más compleja de lo que parece: ¿por qué los religiosos han de tener un papel importante y colaborar con un mundo que tiende a la secularización?, ¿en qué consiste este papel?, ¿por qué precisamente ellos y no otros?, ¿qué razones tiene el narrador, más allá de que en México la población es fundamentalmente católica, para considerar que esa colaboración es posible? Las respuestas tienen diferentes aristas y merecen un estudio aparte, aquí me limito a poner a discusión una serie de problemas.

<sup>16</sup> Cf. Mijaíl M. Bajtín, “El problema de los géneros discursivos”, en *Estética de la creación verbal*, 10ª ed. en español, Tatiana Bubnova, trad., México, Siglo XXI, 1999 (*Lingüística y Teoría Literaria*), pp. 248-293.

novedosa para la novela histórica mexicana y promover la lectura de esta obra en particular.

### *Análisis de la obra*

Los acontecimientos narrados en *Los piratas del Golfo* tienen lugar entre 1668 y 1669. La trama es la siguiente: don Enrique, legítimo heredero del condado Torre-Leal cuyo único pecado consistía en seducir a las mujeres sin preocuparse por las consecuencias, fue calumniado por don Justo, hermano de la segunda esposa del conde Torre-Leal, quien pretendía hacerlo desaparecer para que su familia pudiera gozar libremente de toda la herencia. El Indiano, quien había rivalizado con Enrique por una mujer, contribuyó involuntariamente a la conspiración de don Justo, pues preparó una escena que hacía parecer culpable a don Enrique de escándalos amorosos que el virrey, marqués de Mancera, se vio obligado a castigar ante la insistencia del intrigante don Justo.

Don Enrique partió al exilio a la isla La Española; ahí cambió su nombre, se convirtió en cazador, vivió como hombre sencillo junto a otros cazadores que lo aceptaron naturalmente como cabecilla y conoció a Julia, su futura esposa. Sin embargo, antes de consumar su amor tenía que demostrar que era digno de casarse con Julia, algo imposible mientras fuera un exiliado. Esto, aunado a los anhelos de libertad y la indignación que provocaba la opresión española en la isla, lo motivaron a embarcarse con el pirata Morgan, quien planeaba liberar a América del yugo español.

Ante la brutalidad de los piratas que saqueaban, violaban y mataban sin freno, y la impotencia de un capitán como Morgan, con buenas intenciones pero obligado a permitir iniquidades para mantener unida a su gente, Enrique duda acerca de permanecer en semejante compañía. Lo que finalmente lo determina a quedarse es la intención de salvar la vida y el honor de una prisionera a la que el propio Morgan quiere violar. Esa mujer era esposa del Indiano, su antiguo rival, y cuando Enrique la entrega sana y salva, aquél lo ayuda a reconciliarse con el virrey, obtener el indulto y recuperar su fama y su nombre para que pueda casarse con Julia.

Para comenzar el análisis, es necesario llamar la atención sobre el hecho de que el relato inicia en la isla La Española, de manera que en una primera lectura estas escenas serán entendidas como los orígenes de la historia. Éste es un lugar en el que, a semejanza del paraíso, la vegetación es abundante y los animales pastan libremente. Además:



Sus habitantes eran en lo general o cazadores o desolladores de bestias que comerciaban sólo con los cueros y el sebo de los animales, y presentaban la más confusa mezcla de negros y blancos, mulatos y mestizos, españoles y franceses, ingleses e indios; pero todos llevando la misma vida, todos tratándose con la igualdad de los hijos de una misma raza, todos trabajando con afán por hacerse de algunos puñados de dinero, que venían a perder entre la multitud de mujeres prostituidas que allí había, o sobre la carpeta de una mesa de juego, o entre los vapores del aguardiente.

La vida de aquellos colonos era una mezcla de asiduidad en el trabajo y prodigalidad en los vicios, de religiosa honradez en los contratos y de relajación de costumbres en su vida, de franqueza y fraternidad con los desgraciados, y avidez y codicia en el juego.

Los vicios y las virtudes llevados a la exaltación. Los vicios y las virtudes viviendo en los mismos pechos, realizando el ensueño de la edad de oro en que las ovejas y los lobos dormían a la misma sombra, el milano y la paloma descansaban en la misma rama, el tigre y el toro bebían en el mismo arroyo. Todo aquello era sin duda inexplicable para la civilización del siglo XIX, en que apenas el ciudadano pacífico duerme tranquilo, cuando está bajo el mismo techo que el gendarme.<sup>17</sup>

Se trata de un lugar apartado donde reina la igualdad, como en las grandes utopías, que es comparado con la “edad de oro”, el tiempo de equilibrio que contrasta con el presente de “inseguridad”, de crisis, que se vivía en el siglo XIX. La edad de oro como tópico literario romántico representa un escape imaginario a las tribulaciones del presente, evoca un tiempo de inocencia cuando el hombre podía convivir en paz con su prójimo y organizarse pacíficamente, lo que no ocurría en los tiempos de Riva Palacio. Se trata de una vuelta nostálgica a los orígenes pero al mismo tiempo de una toma de conciencia sobre la imposibilidad de un retorno efectivo ya que los tiempos han cambiado.

A diferencia del paraíso original, en este lugar hay vicio; en él la temporalidad terrenal se ha instaurado porque el pecado existe en forma de excesos como la codicia y la lujuria, pero convive de manera equilibrada con las virtudes, a pesar de que el dinero ya tiene una función determinante en la sociedad. Son los hombres primitivos, cazadores y plantadores, quienes hacen posible la existencia de un lugar semejante pero, como es de esperarse, el dinero y los vicios son factores fundamentales que determinan su desaparición. Nótese que se trata de dos antivalores, uno históricamente determinado, otro atemporal: el

---

<sup>17</sup> Vicente Riva Palacio, *Los piratas del Golfo* (1869), Antonio Castro Leal, ed. y pról., México, Porrúa, 1971 (*Escritores Mexicanos*, 25-26), tomo 1, pp. 3-4.

dinero no surgió desde el principio de los tiempos y su valor ha variado a lo largo de la historia, sólo es una de las múltiples formas en que el pecado de la avaricia se manifiesta. Por otra parte, los vicios, en relación con las virtudes, representan la oposición entre el bien y el mal, dos principios atemporales.

En el caso que nos atañe, las condiciones comerciales impuestas por los españoles que vienen a intercambiar productos a La Española disgustan a los habitantes de la isla, quienes se unen a los piratas en un intento de lucha contra el yugo colonial. Por otro lado, la lujuria de un desollador que acosa a Julia hace que se vea obligada a partir de la isla con su madre, de manera que el protagonista ya no tiene razones que lo aten a tierra y se une a la causa de sus compañeros. Esto significa que los acontecimientos posteriores son desencadenados por dos sucesos de muy diversa índole, uno anclado en una temporalidad específica (la opresión de los españoles durante la Colonia) y otro que atañe al pecado de la lujuria, que es atemporal.

Cuando por fin Enrique se une a los piratas como cabecilla de los cazadores, Morgan le asegura que “antes de un año las Antillas serán nuestras; los navíos españoles llevarán nuestra gente y nuestras banderas, y sus costados vomitarán fuego sobre las armadas de los reyes de Castilla”,<sup>18</sup> y logra inocular en él el deseo de liberar a la Nueva España del dominio español.

Hasta aquí es posible interpretar los acontecimientos de la novela como una justificación de la independencia de México, basada en motivos económicos y políticos, pues además de la opresión comercial que se vive en La Española, el primer asalto de los piratas es a “las urcas y los navíos que el virrey de la Nueva España debe enviar cargados de reales”<sup>19</sup> a la Península Ibérica. El saqueo a los españoles se disculpa aquí por dos razones: se trata del dinero de la Nueva España y el objetivo último es liberarla del dominio colonial.

En este pasaje los piratas, especialmente Morgan, aparecen como hombres valientes, bien organizados, que se rigen bajo leyes justas e igualitarias. La causa de la independencia justifica su profesión:

Los plantadores, los piratas y los cazadores no vivían como unos salvajes, separados de la sociedad, sin pensar en el porvenir; tenían, por el contrario, todos ellos un gran pensamiento político, que no necesitaba sino un jefe para tomar cuerpo. Aquellos hombres meditaban apoderarse de las Antillas

---

<sup>18</sup> *Ibid.*, p. 68.

<sup>19</sup> *Ibid.*, p. 87.

y formar con todas aquellas islas un reino, una nación poderosa que fuera independiente de las coronas de Francia, de España y de Inglaterra.<sup>20</sup>

Morgan es el cabecilla que planea conducirlos a la victoria y a él se une Enrique. Sin embargo, pronto se revela la verdadera naturaleza de la revolución: Enrique queda profundamente indignado ante el saqueo de los piratas en su primera excursión a Puerto Príncipe, pero Morgan le hace ver que es necesario permitir los excesos en la primera etapa independentista:

Es preciso comenzar de alguna manera, hoy como piratas, valiéndonos de la gente perdida, de los hombres que no van más que detrás de la codicia. Es preciso hacernos grandes y respetables por el terror, ya que somos pequeños por nuestros elementos; pero mañana, mañana, yo os lo aseguro, estos navíos piratas serán ya escuadras armadas, tan moralizadas como el mismo rey de España, y las ciudades y aldeas no temblarán de nosotros como de sus verdugos, sino que nos llamarán como a sus salvadores, y el viento agitará sobre nuestras embarcaciones una bandera nuestra, una bandera hermosa de una nación nueva, pero libre, grande y poderosa; y los reyes tratarán de igual a igual con nosotros, y humillaremos su soberbia, y habrá un pueblo que tendrá, como Roma, un puñado de piratas y bandidos por ascendientes, pero que conquistaron medio mundo.<sup>21</sup>

Aquí pareciera que la narración olvidara las condiciones específicas de la Colonia para hacer una remembranza de los inicios de la independencia de México y de la polémica que suscitó: el cura Hidalgo fue severamente criticado por historiadores como Lucas Alamán por haberse valido sobre todo del sustrato indígena y de las masas para armar su insurrección, acicateando una ira añeja, lo que derivó en actos sumamente violentos como las tomas de Celaya y Guanajuato por las tropas insurgentes. Ante esta crítica, hombres como Riva Palacio se erigieron en defensores de la estrategia del cura. En el tercer tomo de *México a través de los siglos* (1884), argumentos similares a los que en la novela se atribuyen al pirata Morgan esgrimió Julio Zárate en defensa de Miguel Hidalgo y de los motivos de los desórdenes en Celaya:

la fatal exigencia de la guerra, y de una guerra como la iniciada en Dolores, eminentemente insurreccional: del pueblo contra la autoridad, de las muchedumbres contra el gobierno [...] de una guerra que debían sostener en los primeros momentos turbas indisciplinadas a las que no podía exigirse ni

---

<sup>20</sup> *Ibid.*, p. 38.

<sup>21</sup> *Ibid.*, pp. 158-159.

templanza en la victoria, ni conciencia exacta de su grandiosa misión, ni instintos mejores que los que su ignorancia y abyección les inspiraban. Si hubiéramos de condenar todos los horrores de la guerra de independencia [...] tendríamos que convenir con los correligionarios de Alamán en que es preferible la quietud de la servidumbre a las fecundas tempestades de la libertad.<sup>22</sup>

De manera que en esta etapa de la narración se superponen dos tiempos, el de la Colonia y el de la Independencia. La historicidad del primero se diluye en su semejanza con el segundo, los tiempos se empalman de manera que las mismas justificaciones son válidas en dos momentos y circunstancias radicalmente distintos. En su discurso, Morgan suma además otro tiempo que sirve de comparación en términos de identidad: Roma, una de las más grandes civilizaciones, fue fundada por ladrones; así se justifica la violencia de la insurrección de los piratas pero sobre todo los orígenes de la Independencia.

En este punto la historia colonial cede su lugar al discurso que intenta demostrar la necesidad de la Independencia de México. Riva Palacio no podía probar que Morgan deseaba la liberación de América —y probablemente ni siquiera le interesaba demostrarlo; la fidelidad a la historia y el esfuerzo de recrear la Colonia se diluyen en la necesidad de fundar un discurso histórico en el presente de la República Restaurada, de defender un acontecimiento fundacional muy posterior a los hechos que relata la novela. Evidentemente este tipo de comparaciones son anacronismos que descontextualizan a los personajes históricos desde el punto de vista moderno, pero si consideramos que en la configuración de la obra también intervino la concepción de que la literatura tenía una función didáctica e ideológica en la sociedad para la que fue pensada —la mexicana—, entonces es posible entender los anacronismos de otra manera, ya no como errores sino como recursos narrativos que contribuyen a mostrar lo que la novela propone. La historia moderna muestra la necesidad de la independencia, pero se vale de viejos recursos —la historia como maestra de la vida que compara, en términos de semejanza, el ejemplo de Roma con dos acontecimientos muy posteriores: la rebelión de Morgan y la Independencia— para evidenciar dicha necesidad.

---

<sup>22</sup> Julio Zárate, *México a través de los siglos. Historia general y completa del desenvolvimiento social, político, religioso, militar, artístico, científico y literario desde la antigüedad más remota hasta la época actual*, Vicente Riva Palacio, dir., México, Cumbre, 1958, tomo III, p. 111.

En este momento del relato Morgan representa al héroe romántico que lucha por la libertad; se convierte en una herramienta discursiva para defender, por medio de una relación de espejo que sólo el lector puede desentrañar, las acciones de otro personaje en diferente momento histórico. Pero además hay que observar que detrás de ese dirigente hay “gente perdida” que no lucha por un ideal sino por codicia. La insurrección y la lucha no son entonces obra del pueblo que no tiene conciencia de su misión histórica, sino de jefes que los conducen a un fin determinado, que deben guiarlos pues los hombres comunes no parecen capaces de asumir una misión histórica.

Detrás del discurso del pirata también se revela una conciencia de clase que permite ver claramente el concepto que tenía de los sectores bajos y de su función para moralizar a una sociedad cuyas acciones carecen de sentido histórico y social ante la ausencia de un guía. De esta manera el tiempo de la República Restaurada se entrelaza también con los anteriormente mencionados: después de la insurrección, asegura Morgan, es necesario moralizar para fundar una nación “grande y poderosa”. Esta tarea se la impuso a sí misma la generación de Riva Palacio por lo que no parece una coincidencia que los acontecimientos de la narración se sitúen entre 1668 y 1669, mientras que la novela de Riva Palacio fue publicada en 1869.

Después de la derrota de Maximiliano había que restaurar las instituciones, restablecer la paz y el orden en un país con una economía vacilante, asolado por secuestros, asaltos y robos, y amenazas de pronunciamientos contra el gobierno en diferentes estados de la República.<sup>23</sup> Luego del desgaste que significaron más de cincuenta años de guerra e inestabilidad, lo que menos deseaba la élite política era una nueva guerra. Riva Palacio es el claro ejemplo del hombre crítico del gobierno al interior del mismo sistema: *La Orquesta*, el periódico en que colaboraba, se caracterizó en general por una postura conciliadora; aun cuando Riva Palacio tuvo desacuerdos con Juárez y lo conminaba a atender las inconformidades de los sectores políticos, no se pronunció en su contra;<sup>24</sup> en lugar de organizar una rebelión armada

---

<sup>23</sup> Este tipo de noticias son las que se difunden en el periodo que va de 1868 a 1870 en periódicos como *La Linterna Mágica*, *La Tarántula*, *Fra Diavolo*, *La Revista Universal*, *El Globo* y *El siglo Diez y Nueve*.

<sup>24</sup> A propósito de *La Orquesta*, un artículo allí publicado nos sirve para mostrar que en el tiempo de la República Restaurada se acudía a los ejemplos del pasado para solucionar los problemas del presente: la crisis del sector de los panaderos se achaca a los dueños de los molinos, quienes monopolizan el comercio en este rubro al establecer sus propias panaderías y sucursales con las que no pueden competir quienes carecen de un molino propio; ante este problema el periódico recuerda una medida de control, con intervención

cuando sus desavenencias en la Suprema Corte lo llevaron a renunciar a su cargo como magistrado, prefirió hacer un viaje a Europa.

Tomando en cuenta lo anterior, no resulta sorprendente que una vez definida su postura en relación con la revolución independentista y la misión de los dirigentes, el discurso de la novela cambie radicalmente para denostar aquello que inicialmente fue justificado como una necesidad histórica.

Enrique, el protagonista, termina distanciándose de Juan Morgan luego de presenciar por segunda vez los abusos y violencia de los piratas en el saqueo de Portobello y verse obligado a defender a la esposa del Indiano de la ira, los celos y la lujuria del pirata Morgan.<sup>25</sup> Por segunda ocasión, un acontecimiento histórico —el desembarco en Portobello— transforma el desarrollo de los acontecimientos, pero los pecados de Morgan y de los piratas en general —envidia, soberbia, lujuria, ira y avaricia— también provocan el alejamiento de Enrique. Aquí terminan los paralelismos con la Independencia de México, al igual que en la historia, la hiedra de la violencia arraigó y se multiplicó en la novela, por eso es necesario separarse de ella.

Enrique regresa a la Nueva España, anhela reconciliarse con las instituciones, con el virrey que lo desterró, y recuperar su lugar en la sociedad para casarse con la mujer amada y ser feliz. Esto nada tiene que ver con el discurso que pretendía defender la necesidad de la Independencia frente a la opresión colonial, de hecho parece contradecirlo. Sin embargo, si consideramos que en la época de la República Restaurada la mayor preocupación era superar la etapa revolucionaria y caótica, lograr la reconciliación nacional para afianzar las institucio-

---

directa del Estado, tomada en tiempos de la Colonia: “El virrey Revillagigedo, que fue indudablemente uno de los más sabios legisladores de la Nueva España, entre las muchas disposiciones que espidió para reglamentar el comercio y mantener el equilibrio de la balanza mercantil, fue la de ordenar que los dueños o arrendatarios de los molinos, no pudieran tener ni panaderías ni casillas de expendio”, *La Orquesta*, 23-VII-1868, p. 1.

<sup>25</sup> Un estudio comparativo entre las connotaciones del pirata en esta novela y *El pirata* de Walter Scott, resultaría muy enriquecedora para comprender las diferencias entre la novela histórica mexicana y la europea. Sin embargo, aquí interesa destacar sólo lo que atañe a la figura del pirata: si bien en la novela de Scott la piratería en general es condenada, el pirata romántico Cleveland y sus compañeros más cercanos no caen en el tipo de vicios que Riva Palacio atribuye a Morgan, al contrario, su nobleza, inteligencia y valor los convierten en hombres capaces de redimirse, cf. Walter Scott, *El pirata*, Henry Thomas, pról., México, Porrúa, 1983 (*Sepan Cuántos...*, 416). En la novela de Scott la condena moral tiene sus matices, en las de Riva Palacio no. De ahí el maniqueísmo que se atribuye a los escritores mexicanos y que, sin embargo, debe ser entendido a la luz de sus preocupaciones políticas, sociales e históricas: la enseñanza es mucho más clara cuando se explica en términos de oposición entre lo bueno y lo malo.

nes,<sup>26</sup> los acontecimientos que siguen al intento independentista en la novela cobran un nuevo sentido: la recreación de un momento situado en la época colonial es al mismo tiempo un recorrido simbólico por la historia del México independiente.

Una vez que conocemos el desenlace de la narración, aquel inicio en un lugar casi paradisíaco que evocaba los orígenes adquiere otras significaciones que no contradicen a la arriba señalada, sino que se suman a ella. Ese retorno a un estado más primitivo le proporciona a Enrique una enseñanza valiosísima, pues el único defecto que lo caracterizaba antes de su partida de la Nueva España era su ligereza en las relaciones amorosas. Era un hombre valiente, honrado y bondadoso, pero no tomaba en serio a las mujeres que cortejaba, de manera que su estancia en La Española lo purifica, ahí conoce el verdadero amor. Se trata de un aprendizaje que, como ser humano, lo hace digno de retornar al seno de la sociedad como un hombre íntegro que merece desempeñar un papel importante en la sociedad. La vuelta a los orígenes puede interpretarse simbólicamente como el recorrido al pasado que hace la novela histórica para generar un aprendizaje, una transformación, con miras al futuro.<sup>27</sup>

Cabe señalar que Enrique no es cualquier individuo: heredero del condado Torre-Leal, miembro de una familia aristocrática que defendió a España contra la invasión de los moros, entre sus antepasados se cuenta uno de los primeros conquistadores que llegaron a México y trajo consigo a su familia. De manera que Enrique encarna a la élite de

---

<sup>26</sup> Elías Palti y Charles A. Hale nos brindan explicaciones detalladas, complejas y sumamente interesantes de este periodo de reconciliación y de las estrategias que para tal fin adoptaron diferentes grupos, entre los que destacan los escritores encabezados por Ignacio Manuel Altamirano, políticos como Francisco Zarco e Ignacio Ramírez y educadores como Gabino Barreda, véanse Palti, *La invención de una legitimidad* [n. 8]; y Hale, *La transformación del liberalismo en México a fines del siglo XIX* [n. 8].

<sup>27</sup> De acuerdo con Jitrik, la novela histórica “intenta, mediante respuestas que busca en el pasado, esclarecer el enigma del presente” y este esfuerzo de comprensión se produce en momentos muy específicos pues la novela histórica es “una típica y clara respuesta a una crisis específica que involucra a la sociedad y a los individuos”, Jitrik, *Historia e imaginación literaria* [n. 12], pp. 19-20. La vuelta al pasado es una forma en que el presente trata de reconocerse a sí mismo, de explicarse. Por otra parte, la recreación literaria, según la poética neoclásica de Ignacio de Luzán, permite un distanciamiento transformador, en tanto que el lector o espectador que observa los vicios y las virtudes en otros (ya sea en una recreación dramática o histórica) terminará identificándose con los primeros y rechazando a los segundos, lo cual lo incitará a modificar su propia conducta, inclinándolo hacia la virtud, cf. Ignacio de Luzán, *La poética o reglas de la poesía en general y de sus principales especies*, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, Alicante, en DE: <<http://bib.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/23583953214581639787891/index.htm>>.

la sociedad y la herencia española en un sentido positivo. Como protagonista de la novela, y luego de haber adquirido una serie de enseñanzas en torno del amor y las revoluciones, su alianza final con el Indiano simboliza la reconciliación de dos razas, aunque no su mezcla; el matrimonio con Julia, hija de franceses, representa la superación de un pasado inmediato y doloroso, la Intervención Francesa.

Históricamente hablando, la enseñanza en torno de las revoluciones es fundamental pues se vincula con las preocupaciones de los hombres de la República Restaurada: el retorno a los orígenes y el recorrido histórico que focaliza la violencia de la revolución muestran la necesidad de la reconciliación del individuo con el gobierno. El ejemplo del pasado revela al hombre del presente que es imperativo distanciarse de una guerra que causa demasiados estragos.

El personaje del marqués de Mancera, virrey que desterró a Enrique, es una pieza fundamental para comprender el significado de la reconciliación. Se trataba de un “hombre de claro talento y de buena instrucción, se sabía hacer amable en su gobierno, por lo que sus contemporáneos lo calificaban de astuto y sagaz”,<sup>28</sup> de manera que la figura del virrey nada tiene que ver con la idea de un gobierno opresivo que merezca ser derrocado.

Las razones que obligan al virrey a desterrar a Enrique se deben a las calumnias de malos consejeros como don Justo, un hombre ambicioso que logra aprovecharse de las apariencias que parecen culpar a Enrique para engañar al virrey. Pero de esto el marqués no tiene la culpa; cuando el Indiano le da a conocer la verdadera intriga, admite su equivocación asegurando que “los que mandamos estamos más expuestos que nadie a errar porque todos se empeñan en ocultarnos la verdad”,<sup>29</sup> y acompaña sus palabras con obras: extiende un indulto a Enrique por los años que pasó al lado de los piratas, lo ayuda a recuperar su posición en la sociedad y se ofrece para apadrinar su boda con Julia.

Así, en lugar de constituirse en una diatriba contra el dominio español, el desenlace de la novela muestra la necesidad histórica de una reconciliación entre el individuo y el gobierno, y ésta es la enseñanza, de acuerdo con el concepto moderno de la historia. Por otra parte, desde la perspectiva ciceroniana de la *historia magistra vitae*, el personaje del marqués de Mancera, como modelo ejemplar, ofrece otra enseñanza: el gobernante es más susceptible que otro a equivocarse

---

<sup>28</sup> Riva Palacio, *Los piratas del Golfo* [n. 17], tomo II, p. 234.

<sup>29</sup> *Ibid.*, p. 243.



porque a su lado puede haber malos consejeros, su tarea entonces es aprender a reconocer sus errores y reparar los daños. Quizás dicha enseñanza alude veladamente a Benito Juárez, a quien Riva Palacio dirigió una carta en 1869 en la que lo conmina a tomar medidas radicales porque “la guerra civil asoma ya su cabeza ensangrentada”. En esa carta Riva Palacio se refiere precisamente a la debilidad del ministerio que en ese entonces encabezaba Sebastián Lerdo de Tejada y a un “círculo impenetrable” que rodea al gobierno y que disgusta a quienes conforman lo que Riva Palacio llama “la opinión pública”: “Nadie quiere la revolución, pero todo el mundo ansía por ese cambio, que no será como quieren pintarlo a usted, señor, los interesados en el *statu quo*, un acto de debilidad, sino un supremo acto de prudencia”.<sup>30</sup>

En el periodo que va de finales de 1868 a principios de 1869 la prensa emitió duras críticas a Lerdo de Tejada, incluso periódicos como *La Tarántula* parecen haber sido creados con el único propósito de zaherir a dicho personaje. La actitud general hacia Juárez era conciliadora y respetuosa pero su apoyo a Lerdo, así como a otros personajes que constituían su gabinete —Gabino Barreda, por ejemplo—, fueron temas que generaron críticas y polémicas.

Con estos antecedentes es factible pensar que, por medio de la historia del marqués de Mancera, el pasado ofreciera una enseñanza en el sentido más tradicional del término: dar una explicación a la crisis que se vivía al destacar las semejanzas con una crisis previa y mostrar un ejemplo de conducta que podría repetirse en el presente de 1869.

El mensaje principal se dirige sobre todo a una élite destinada a desempeñar un papel fundamental en la sociedad: por un lado está el gobernante, por otro, el hombre de la alta sociedad. Aquí no hay un héroe medio o mediocre, como Georg Lukács observa en las novelas de Walter Scott,<sup>31</sup> pues aunque Enrique pudo pasar por un hombre común cuando era cazador y su carácter bravo y valiente le daba “gran prestigio y ascendiente sobre los cazadores”,<sup>32</sup> se trata nada más de una apariencia, él es un aristócrata y está destinado a recuperar su título y su papel en la sociedad.

---

<sup>30</sup> *La linterna mágica*, 6-III-1869, pp. 1-2.

<sup>31</sup> Cf. Georg Lukács, *La novela histórica*, 3ª ed., Jasmin Reuter, trad., México, Era, 1977, pp. 29-71. En la novela *El pirata* de Walter Scott [n. 25], por ejemplo, el protagonista parece ser un bastardo; el hombre que lo crió dudaba de su paternidad pues su esposa había sido infiel y, aún cuando fuera hijo legítimo, ninguno de los padres pertenecía a la aristocracia.

<sup>32</sup> Riva Palacio, *Los piratas del Golfo* [n. 17], tomo I, p. 36.

No obstante que en la novela aparece el personaje de una mujer del pueblo enamorada de Enrique, desde el principio los lectores sabemos que ese amor es imposible. Para contribuir a la felicidad de Enrique la mujer se ve obligada a renunciar a sus ilusiones y se convierte en un ejemplo de conducta para instruir al lector.

Así, el matrimonio entre Julia y Enrique es un acto fundacional: representa la esperanza en el futuro que se deposita en un hombre de élite que se casa con una mujer de origen francés, es decir, la reconciliación con el pasado y la superación de añejos rencores.

### *Reflexiones finales*

A lo largo de este estudio hemos podido observar cómo se imbrican en el relato diferentes tiempos —la Colonia, la Independencia, la historia del México independiente y de la República Restaurada— entre los que se establecen múltiples relaciones de espejo y superposiciones a partir de dos modos de concebir la temporalidad, circular y lineal, tradicional y moderna. En esta imbricación la Colonia pierde, hasta cierto punto, su peso específico, pero el concepto *historia* gana en profundidad porque aquí no se trata de juzgar la forma en que los autores deberían entender la historia desde la perspectiva actual, sino de intentar comprender cómo la concebían en aquella época.

En el presente trabajo nos propusimos estudiar las motivaciones, las preocupaciones sociales, políticas e históricas que están detrás de una novela como *Los piratas del Golfo*, así como los conceptos de historia y literatura que la prefiguraron. Este relato nos enseñó que el entrecruzamiento entre historia y literatura podía explicar el presente de la República Restaurada en función del desarrollo lineal de los acontecimientos y mostró también que aún podía ofrecer ejemplos de vicios y virtudes, modelos de conducta vigentes tanto en el pasado como en el presente, al proponer relaciones de espejo entre diferentes tiempos.

La novela histórica también muestra un ideal proyectado al futuro. El desenlace evidencia la función que corresponde desempeñar a cada uno de los miembros de la sociedad: el hombre de élite —descendiente de españoles— y el gobernante son los sujetos de la historia reconciliados; el matrimonio con una hija de Francia representa la superación del pasado inmediato a la República Restaurada; la mujer del pueblo debe renunciar al amor, a los celos y a sus deseos para hacer feliz a su benefactor; la guerra y los piratas deben desaparecer.

El mensaje final de la impresión de defender el *statu quo* de la élite política y letrada: una vez terminada la revolución, a las masas les está

destinada la subordinación y la renuncia, mientras que a la élite letrada le corresponde ser su benefactora. Pero nuestro objetivo no es poner en el banquillo de los acusados a Riva Palacio; él era un hombre de su época, un miembro de la élite letrada, y sería ilógico esperar que estuviera dispuesto a renunciar al papel que él creía corresponderle como miembro de un grupo selecto para defender la democracia y la igualdad frente a un pueblo que él miraba con cierta desconfianza,<sup>33</sup> no hay que olvidar que en sus novelas proliferan también truhanes, brujas, ladrones, asesinos y mercenarios de la clase baja.<sup>34</sup>

Lo que aquí proponemos es una reflexión en torno de la ideología de los sujetos que construyeron la historia de bronce así como del contenido de las novelas históricas que ayudaron a forjarla. Una novela como *Los piratas del Golfo* no ensalza las revoluciones populares y demanda pasividad a los personajes que representan a los sectores bajos; propone a la élite letrada como sujeto de la historia. Este mismo mensaje es posible observarlo en otras novelas de Riva Palacio; aún cuando las más leídas —*Monja y casada* y *Martín Garatuza*— parecen defender la insurrección popular y la conspiración en contra del gobierno virreinal, no hay que perder de vista que sus dirigentes nunca pertenecen a los estratos medios o bajos de la población: el arzobispo, el Cabildo de México y los descendientes del gran Guatimoc —la familia Carbajal. Martín Garatuza, el héroe popular, nunca deja de ser un

---

<sup>33</sup> Uno de los factores que determinaron que en México no se instaurara verdaderamente el liberalismo político se debió a que a los miembros de la élite letrada, el pueblo bajo “les inspiraba, sobre todo, miedo”, de acuerdo con Fernando Escalante Gonzalbo, “La imposibilidad del liberalismo en México”, en Josefina Zoraida Vásquez, coord., *Recepción y transformación del liberalismo en México: homenaje al profesor Charles A. Hale*, México, El Colegio de México, 1999, p. 17. Y uno de los factores a los que *La Orquesta* atribuye el atraso del país es justamente la resistencia de la población al cambio: “La oposición es terrible, pero no la oposición de los periodistas; porque ésa no puede llamarse en el estado actual *oposición*, sino esfuerzo supremo para vigorizar la patria y el gobierno; ni las revoluciones locales, porque ésas no pueden llamarse sino motines más o menos grandes, no, sino la oposición del país, de los ciudadanos, de los pueblos, esa fuerza de inercia que hace huir a los designados por la opinión, de los destinos públicos, a los ciudadanos de la vida activa de la política, a los ricos del espíritu de asociación y de empresa, y a los hombres de corazón de la lucha en la tribuna y en la prensa”, *La Orquesta*, 15-VIII-1868.

<sup>34</sup> Basten como ejemplo tres personajes de *Monja y casada, virgen y mártir*: una bruja que por unas monedas contribuye al asesinato de dos personajes; un indígena sin escrúpulos —truhán y agitador— llamado Ahuizote que sirve y ayuda a una mulata; y esta última, antigua esclava que por artimañas logró ascender en la escala social y que mata a su propio marido y por celos persigue a la inocente doña Blanca hasta que consigue que sea encerrada en las cárceles del Santo Oficio, cf. Vicente Riva Palacio, *Monja y casada, virgen y mártir*, en *La novela del México colonial*, 4ª ed., Antonio Castro Leal, est. prel., sel. y notas prel., 2 tomos, México, Aguilar, 1979, tomo II, pp. 355-601.

sirviente —a veces truhán y a veces impostor— que renuncia a sí mismo para ayudar a los ya mencionados o a otros personajes de la élite en sus intrigas políticas y amorosas; no asciende en la escala social y al final del relato simplemente regresa al lado de la mujer *muda* con la que comparte su oscura vida.

En una época de crisis e indiferentismo por parte de una sociedad agotada, de falta de comunicación entre el sector político y el resto de la sociedad, no está de más cuestionarnos acerca de la identidad de los sujetos de la historia, proponer una relectura crítica de esa historia y esa literatura que se esforzaron por definir sujetos históricos y un imaginario en torno de la sociedad mexicana.

RESUMEN

El presente artículo propone una lectura de la novela histórica *Los piratas del Golfo*, de Vicente Riva Palacio, fundada en el análisis del entrecruzamiento de diversas temporalidades en la configuración del relato y su vinculación directa con el contexto histórico de la República Restaurada, así como con los conceptos *historia* y *literatura*, vigentes en la poética de la obra. Esta propuesta se fundamenta en la teoría de los géneros discursivos de Mijaíl Bajtín. El objetivo último es mostrar nuevas perspectivas para la interpretación de las novelas históricas publicadas durante la República Restaurada que permitan conocer con mayor profundidad la función que éstas desempeñaron en un contexto histórico determinado y los imaginarios que contribuyeron a construir en torno del pasado y de la sociedad mexicana.

*Palabras clave:* Vicente Riva Palacio, novela histórica, literatura mexicana siglo XIX.

ABSTRACT

In this paper, the author proposes a reading of the historical novel *Los piratas del Golfo* by Vicente Riva Palacio, based on the analysis of the diverse temporalities of the narrative structure and their direct link with the historical context of the Restored Republic, as well as on the concepts of *history* and *literature* in use throughout the work's poetics. This interpretation is founded on M. M. Bakhtin's theory of speech genres. Ultimately, the author aims at demonstrating new perspectives for the interpretation of historical novels published during the Restored Republic, allowing for a deeper understanding of their function in a specific historical context and of the imaginaries that these novels contributed to construct around the past and Mexican society.

*Key words:* Vicente Riva Palacio, historical novel, 19<sup>th</sup>-century Mexican literature.